

BARREÑADA, Isaías y OJEDA, Raquel, *Sahara Occidental. 40 años después*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016, ps. 317

ALICIA CAMPOS SERRANO*



Este es un libro necesario, que Isaías Barreñada y Raquel Ojeda han tenido el acierto de promover y editar en el aniversario de una descolonización frustrada, una tragedia humanitaria y el inicio de un conflicto que dura hasta nuestros días. Los editores reúnen a veintisiete especialistas, muchos de ellos jóvenes y con cuidadosas investigaciones, que contribuyen al análisis plural de la situación actual. Frente a la politización, tal vez inevitable, de muchos de los análisis del pasado, los trabajos más recientes como los que aquí se recogen, equilibran mejor una posición crítica hacia el actual *statu quo* con el rigor científico.

En 2015 se cumplieron cuarenta años desde que, en las postrimerías del franquismo, el gobierno español incumplió su compromiso asumido en Naciones Unidas de celebrar un referéndum de autodeterminación en su colonia del Sahara, y se retiró de la misma mientras que Marruecos y Mauritania ocupaban su lugar. Miles de habitantes huyeron entonces del territorio, para asentarse en campos de refugiados cerca de Tindouf, al otro lado de la frontera argelina. Este fue el inicio de una guerra entre el Frente de Liberación de Seguia el Hamra y Río de Oro (Frente Polisario) y los nuevos ocupantes, que desde 1979 ya serían

solo marroquíes.

Durante el conflicto, Rabat construyó una serie de muros que separan la zona contigua a la costa — rica en pesca y fosfatos— y a quienes habían decidido permanecer en el territorio, de una franja oriental menor y mucho menos habitada, controlada por el Polisario. Al mismo tiempo, los nuevos gobernantes marroquíes llevarían a cabo una política de colonización de su zona, con habitantes venidos desde el norte. El Polisario, por su parte, estableció su base y su gobierno en los campamentos de refugiados en Argelia, cuyas autoridades prestarían un apoyo fundamental a su causa.

El conflicto armado duraría hasta 1991, cuando en el contexto del fin de la Guerra Fría, ambas partes firmaron un armisticio, y el compromiso de celebrar un referéndum sobre el futuro estatus del territorio, bajo los auspicios de la Misión de Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO). Esta prometedora situación se mostraría, sin embargo, recalcitrante: las partes no llegarían a un acuerdo sobre el censo de votantes, después de los cambios demográficos producidos durante el conflicto. Pese a ciertas concesiones del Polisario a mediados de la década de 2000, a día de hoy Rabat parece haber olvidado ya

*** Alicia CAMPOS SERRANO,** Profesora de Estudios Africanos del Departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español, Universidad Autónoma de Madrid. Su correo electrónico es: alicia.campos@uam.es.

su compromiso de organizar el mencionado referéndum, ofreciendo a cambio una autonomía para el Sáhara dentro de Marruecos. Una buena síntesis de esta historia es la que nos presentan Miguel G. Guindo y Alberto Bueno en su contribución (capítulo 1) a este libro.

Veinticinco años después del fin del conflicto armado, los habitantes del Sáhara atlántico siguen sufriendo de graves violaciones de sus derechos humanos, y de importantes limitaciones en su antigua capacidad de moverse libremente por el territorio. La situación es descrita por muchos como de estancamiento, de "ni guerra ni paz". Esta apreciación de inmovilismo resulta, sin embargo, incompleta y hasta engañosa, a tenor de lo que nos muestran el resto de capítulos de esta obra. Más allá de la parálisis en las negociaciones que pudieran resolver la tensión entre los proyectos alternativos de Marruecos y el Polisario, numerosas dinámicas políticas, económicas o jurídicas, a uno y otro lado del muro y más allá del Sáhara, configuran hoy unas realidades sociales complejas y cambiantes.

Tal vez lo que menos haya cambiado sea el marco jurídico del conflicto, establecido por el derecho internacional de la descolonización. Como nos muestra Juan Soroeta (capítulo 2), según las resoluciones e iniciativas de Naciones Unidas y de la Unión Africana, la población de la antigua colonia del Sáhara Español sigue conservando su derecho a la libre determinación. La existencia de propuestas alternativas para el ejercicio de ese derecho (creación de un nuevo estado, integración en un estado vecino y, más recientemente, autonomía dentro de Marruecos) es lo que explica que desde 1966 se haya exigido la celebración de un referéndum. A pesar del eco que ha tenido en algunos sectores de

Naciones Unidas la propuesta de Marruecos para conservar el Sáhara en forma de región autónoma (Planes Baker de 2001 y 2003), nunca se ha puesto en cuestión que, en cualquier caso, ello debía lograrse a partir de un referéndum en el que la independencia fuera otra de las opciones.

Siendo importantes las cuestiones jurídicas y su desarrollo, como lo muestra su tratamiento en los primeros capítulos, este libro tiene la gran virtud de trasladarse después a los distintos espacios constitutivos de la compleja realidad del Sáhara Occidental. El periplo desde los campamentos de refugiados en Argelia, al territorio controlado por Marruecos y a los foros internacionales y cancillerías extranjeras después, constituye la estructura básica de nuestro libro, y también lo será de nuestros comentarios.

Iniciamos el viaje en los campamentos de refugiados a las afueras de Tindouf. Desde el inicio, el movimiento de liberación saharauí se constituyó en estado en el exilio con la creación en febrero de 1976 de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), a través de la cual el Polisario ha gobernado los campamentos en un régimen de partido único, con la aquiescencia y también la inspiración del régimen argelino. Claudia Barona y Jorge Gamaniel (capítulo 4) estudian la articulación, pero también las tensiones, de esta estructura estatal con el orden político más antiguo de las kabilas saharianas. Al mismo tiempo, abordan el distanciamiento y descontento de las generaciones más jóvenes con respecto a las dinámicas clientelistas que se han ido reproduciendo en el seno de la RASD.

Elemento conformador del espacio social de los campamentos son sus relaciones con otros espacios lejanos y las redes transnacionales que los atraviesan:

varios capítulos analizan distintos aspectos de estas redes. Alice Wilson (capítulo 5) señala el carácter transterritorial del imaginario nacional saharauí, diseminado entre las dos zonas separadas por Marruecos y la diáspora en otros lugares del Magreb y Europa, y que tiene su práctica en las elecciones que se celebran para elegir a los representantes del Polisario y de la RASD. Su aportación nos hace pensar en varias tensiones: entre esta nación transterritorial y el carácter inamovible del territorio nacional imaginado; y entre el centralismo de un régimen de partido único, y las dinámicas de participación que intenta promover.

Laura Langa, Carmen Gómez y Vivian Solana se centran en dinámicas socio-económicas, que también muestran un fuerte carácter transnacional. La primera (capítulo 7) enfatiza la dependencia de los campamentos de la ayuda humanitaria, y cómo las agencias y ONG internacionales implicadas despolitizan el conflicto, al conceptualizarlo más como una emergencia que como una situación de injusticia y violación de derechos humanos. Frente a esta visión, Langa reconoce la agencia de los refugiados, pero es Carmen Gómez (capítulo 8) quien más atiende a las iniciativas de los saharauíes, especialmente su capacidad de moverse a lo largo y ancho del espacio. Bien como exiliados, bien como emigrantes, los refugiados contribuyen a la supervivencia y la reproducción del grupo, superando en parte la dependencia de la ayuda. Por último, Vivian Solana (capítulo 6) analiza el papel de la mujeres, enfatizando su "agencia estructurada" en la conformación de las relaciones sociales de los campamentos.

El análisis de dinámicas políticas y sociales en las consideradas por Marruecos como "provincias del sur", constituye una

de las mayores aportaciones de este libro, por las dificultades especiales con las que se encuentran los investigadores en esta zona. Lo inicia Bernabé López (capítulo 9), que se muestra partidario de la integración y autonomía del territorio en un Marruecos democratizado, al tiempo que denuncia que Rabat haya utilizado al Sáhara como una "gran coartada contra el cambio". Sin negar la legitimidad de la aspiración a la independencia y la celebración de un referéndum, este autor considera más urgente garantizar el retorno de los refugiados y sus derechos, así como la democratización general del país.

Sin embargo, si atendemos a las políticas de regionalización y las estrategias electorales en el Sáhara, examinadas en los dos capítulos siguientes, el déficit democrático marroquí se hace muy evidente. De las primeras nos hablan Raquel Ojeda y Ángela Suárez (capítulo 10), que hacen un repaso del proceso de integración y nacionalización del Sáhara a través de las distintas fases de descentralización y regionalización de Marruecos. La última reforma de "regionalización avanzada" de 2015 divide al Sáhara en tres regiones que desbordan la antigua colonia, y se queda corta con respecto a las propuestas de autonomía ofrecida por Marruecos en sus negociaciones con el Polisario. Victoria Veguilla y María Angustias Parejo (capítulo 11) por su parte analizan cómo los procesos electorales constituyen no solo mecanismos de integración del Sáhara en el conjunto del estado, sino de cooptación de élites saharauíes, conformando, en sus palabras, "dispositivos autoritarios de control del cambio".

Las dimensiones económicas son abordadas aquí por Violeta Trasmontes (capítulo 12) que traza la historia de la importancia de los recursos naturales en

los distintos órdenes políticos que se han sucedido en el territorio desde la colonización española. En el contexto actual, los fosfatos de Bucráa explotados por la empresa pública OCP y la pesca explotada por flotas europeas (fundamentalmente la española) gracias a acuerdos con la Unión Europea, constituyen intereses poderosos que explican en parte la resistencia de Rabat a permitir un referéndum en el territorio. La autora enfatiza además la importancia de las presiones externas en la denuncia de la ilegalidad de la explotación de sus recursos naturales en el Sáhara.

Es Isaías Barreñada (capítulo 13) el que retoma la importancia de la agencia de individuos y grupos, esta vez en relación al Sáhara bajo control marroquí. Tras los acuerdos de paz de 1991, este territorio se ha ido convirtiendo en el "nuevo escenario de la contestación política", donde se ha consolidado una activa sociedad civil que despliega nuevas estrategias. Es el caso de la "intifada saharauí" de 2005 o el levantamiento del campamento de Gdeim Izik en 2010, desmontado violentamente por el ejército. Más allá de la ampliación de los lenguajes de protesta, especialmente el de los derechos humanos, este autor señala cómo se ha reactivado la identidad nacional saharauí "transterritorializada", a la que se refería antes Wilson, y a la que el Polisario ha respondido con la integración de representantes de la zona ocupada en sus estructuras.

Por su parte, el gobierno marroquí combina la política de cooptación señalada antes por Veguilla y Parejo, con medidas abiertamente represivas como se demostró en el desmantelamiento violento del campamento de Gdeim Izik. Estos sucesos y su relación con las primaveras árabes son el objeto de la contribución de Inma Szmolka (capítulo 19). Pese a los

elementos comunes entre ambos, la autora sostiene que el carácter nacionalista de las reivindicaciones, la polarización de la población entre saharauis y colonos (*dajillis*) y el fracaso temprano de la protesta, confieren a la primera caracteres propios y singulares. Una reflexión más amplia sobre la violación de los derechos humanos por parte del gobierno marroquí desde la ocupación del territorio es la que realiza Juan Carlos Gimeno (capítulo 3), que advierte del riesgo de que algunas de las propuestas y fórmulas que se han puesto sobre la mesa de negociaciones privilegie la paz y la estabilidad sobre la justicia a las víctimas.

El resto de capítulos aborda la cuestión del Sáhara desde el punto de vista de las relaciones bilaterales e internacionales también constitutivas del conflicto. Cuarenta años después, parecen existir continuidades sustanciales en las posturas que los principales gobiernos y organizaciones internacionales adoptaron desde un inicio. Algunos movimientos de cambio sin embargo son también evidentes. Argelia ha constituido un actor de primer orden en el enfrentamiento entre Marruecos y el Polisario, como anfitrión, inspirador y principal valedor de este último. Esto ha conllevado una permanente rivalidad con el vecino occidental. Laurence Thieux (capítulo 17) sugiere, sin embargo, que la debilitada situación económica del país podría hacer reconsiderar a Argel el alcance de su apoyo al Polisario, y con ello generar un cambio a favor de Marruecos en el actual equilibrio de fuerzas.

Como relata Silvia Almenara (capítulo 18), la Unión Africana y los principales estados dentro de ella como Sudáfrica, Nigeria y Angola, han constituido otro de los pilares fundamentales de la posición internacional del Polisario, con su defensa

de la libre determinación de los pueblos y del mantenimiento de las fronteras coloniales. De hecho, la RASD fue reconocida como miembro de la organización en su versión anterior en 1984 (cuando todavía era la OUA), mientras que Marruecos la abandonó el mismo año. Pero Marruecos no ha dejado de llevar a cabo su propia política africana a través de relaciones bilaterales privilegiadas con países como Senegal, Guinea Bissau o Costa de Marfil, que se han manifestado a favor del plan de autonomía propuesto para el Sáhara.

Pero los principales apoyos a la posición marroquí sobre el Sáhara han sido desde muy temprano de los gobiernos de Estados Unidos y de Francia. Sobre el primero nos habla Laura Feliu (capítulo 15), que ha considerado a Marruecos como un “aliado relevante en el Magreb” en el contexto tanto de la Guerra Fría y como en el de la lucha contra el terrorismo islamista más recientemente. Desde los Acuerdos de Madrid, Washington no ha dejado de enarbolar una posición de neutralidad que, en la práctica, ha supuesto un apoyo a las posiciones de Rabat. No obstante, Feliu nos muestra también los matices y eventualidades de esta relación, que en los últimos tiempos se ha visto algo compensada por el fortalecimiento de las relaciones con Argelia, y cierto mayor interés de la Administración Obama por los derechos humanos.

Sobre el “apoyo prolijo e incondicional prestado a las estrategias marroquíes” por parte de Francia nos habla Hakim Boulhares (capítulo 16). La posición francesa es hija de una larga historia colonial en la región, de numerosos intereses económicos y de la preferencia por Marruecos sobre la revolucionaria Argelia como socio principal. A pesar de las críticas expresadas periódicamente por la izquierda y las ONG

francesas, todos los gobiernos han sostenido el *statu quo* marroquí en el Sáhara.

La política francesa arrastra inevitablemente a la de la Unión Europea, que según Irene Fernández (capítulo 14) “no se ha movido un ápice en las cuatro últimas décadas”. Mientras la posición oficial europea ha consistido en apoyar las resoluciones e iniciativas de Naciones Unidas, su implicación en el conflicto supone en la práctica un espaldarazo a las posiciones marroquíes. No obstante, la UE es una organización compleja, y la autora también nos relata el papel que ciertas instituciones europeas como el Parlamento o el Tribunal de Justicia han jugado recientemente en el cuestionamiento de los acuerdos euro-marroquíes en materias de pesca o agrícolas. Estas divergencias han sido producto en gran medida de nuevas estrategias de *low politics* por parte del Polisario o del movimiento de solidaridad con la causa saharauí conformado por organizaciones como el observatorio Western Sahara Resource Watch.

El último tramo del libro está dedicado a las conexiones entre España —sus distintas administraciones y algunos grupos sociales— y los principales actores del drama sahariano. Miguel Hernando de Larramendi (capítulo 20) recorre la historia política española, desde la época de la descolonización en pleno franquismo hasta nuestros días, en relación a la antigua colonia. Frente a la francesa, la posición española es mucho más compleja, y debe hacer frente tanto a las intensas relaciones con el vecino del sur en materias económicas, migratorias y de seguridad, como a la fuerte opinión pública española favorable a la independencia del Sáhara y a la asunción de responsabilidades del estado español hacia el pueblo saharauí.

Todo ello ha llevado a políticas oficiales caracterizadas por la ambigüedad. Por una parte, y más allá de los matices inevitables que han diferenciado a cada gobierno, la posición española ha tendido a simpatizar con las estrategias desplegadas por Marruecos que parecían representar una tercera vía para la resolución del conflicto. Por otra parte, la política de cooperación española hacia el Sáhara ha constituido una de las fuentes principales de ayuda para los campamentos de refugiados en Tindouf. Como nos cuentan Susana Ruiz y María Luisa Grande (capítulo 21), la población saharauí de los campamentos es considerada como una de las prioridades geográficas de la cooperación española, aunque desde el estallido de la crisis de 2008, estos fondos han sufrido un descenso considerable, con una ligera recuperación en los últimos tiempos.

En la ayuda española juegan un papel fundamental la cooperación descentralizada de las comunidades autónomas y de los ayuntamientos, así como de las ONG, principales canalizadoras. Mención especial merece el Programa Vacaciones en Paz organizado por la Coordinadora Estatal de Asociaciones de Solidaridad con el Sáhara, y que ha llevado a gran parte de los niños de los campamentos a disfrutar de los meses de verano entre familias españolas. Si las actividades de la sociedad civil española pueden considerarse como parte de una solidaridad política, la cooperación oficial hacia el Sáhara, sin embargo, participa de la despolitización del conflicto que señalaba con anterioridad Laura Langa.

Las particulares relaciones del Sáhara Occidental con la región española más cercana son abordadas por José Abu-Tarbush (capítulo 22). La intensa historia común del archipiélago canario y el Sáhara atlántico ha conllevado una sensibilidad

especial de los canarios hacia el conflicto. Sin embargo, en los últimos años el tradicional posicionamiento tanto de la opinión pública como de los políticos canarios a favor del Polisario se ha ido rebajando. La fatiga de la ayuda, los crecientes intereses económicos de grupos isleños en Marruecos, o las expectativas abiertas por la ampliación del puerto de Tarfaya, han reducido la actitud más beligerante en la cuestión del Sáhara, y “deslizado” a muchos en Canarias hacia la “acomodación” con la situación actual.

Tras la lectura de este libro, parece que nos encontremos aún lejos de una solución del conflicto satisfactoria para la mayoría de la población afectada. De lo que estamos más cerca es de comprender el crisol de espacios, grupos sociales y relaciones que conforman el Sáhara y su conflicto. Y también de percibir las continuidades y las transformaciones habidas en los contextos y en las estrategias de los principales actores de este drama. Si seguiremos hablando de continuidades, o más bien de rupturas, en el cincuenta aniversario, es hoy difícil de pronosticar. ●

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

